

base con el Cid, conviniendo ambos en que el Campeador obtendría y haría suyo todo el botín y todas las riquezas de la ciudad, mientras él sería dueño de ella. Reuniendo pues los cuatrocientos caballeros de su ejército á los tres mil que constituían la mesnada de Rodrigo, encaminábanse á Valencia, donde lejos de esperarlos Al-Mondzir, levantaba el asedio de la plaza, ofreciéndose como aliado y amigo á *Al-Caddir*, siempre que no entregase la ciudad al rey de Zaragoza. Salía Yahya al encuentro de sus auxiliares, reconociéndose obligado á ellos por haberle librado del aprieto en que le tenía el tortosino; y mientras daba en la ciudad grandes muestras de su gratitud á Al-Mostaïn y al Campeador, llegaban sin duda los socorros enviados por Alfonso VI al hijo de Al Mámun, incorporándose allí á la hueste respetable de Rodrigo. Alejado Al-Mondzir y confiado Yahya, juzgó con esto propicia la ocasión el de Zaragoza para alzarse con la ciudad, como era su más ferviente deseo, exigiendo entonces del Cid el cumplimiento de lo pactado; pero habían ya por mucho variado las circunstancias. Las gentes de Castilla, venidas en auxilio del infortunado *Al-Caddir*, representando con efecto la persona del poderoso monarca, hacían patentes la autoridad y el protectorado de Alfonso, cuyas generosas intenciones quedaban por tal camino manifiestas, y vedaban al noble y leal vasallo, al insigne caudillo que reconocía y acataba en todas ocasiones la voluntad del soberano, hacer armas contra su señor natural, oponiéndose y contradiciendo sus designios. No otras eran las causas por las cuales el de Vivar se negaba á realizar las aspiraciones de Al-Mostaïn y á cumplir el compromiso contraído cuando desconocía los proyectos del rey de Castilla, poniendo á los ojos del de Zaragoza, si quería hacerse dueño de Valencia, la necesidad primero de declarar la guerra al emperador, de quien era Yahya conocidamente vasallo (1).

(1) Dominado por doloroso pesimismo que le lleva y arrastra á las más extrañas afirmaciones y poseído sin duda de la misión que se ha impuesto de purificar

Impotente para ello, y despechado por el mal éxito de aquella expedición, aunque no del todo perdida la esperanza, tomaba Al-Mostaïn la vuelta de sus estados, permaneciendo en Valencia el Cid, á quien ordenaba apoderarse de Xérica, que pertenecía á Ebn-Labbun, señor de Murviedro, intento que frustraba éste reconociéndose por la plaza vasallo de Al-Mondzir, cuyas tropas forzaban á Rodrigo á levantar el cerco. No se ocultaba, ni podía ocultarse en verdad á la perspicacia del Campeador, que había vivido entre los enemigos de la fe y de la patria, la descomposición que iba poco á poco destruyendo la sociedad musulme, corrompida, abyecta, incapaz de sentimientos nobles, y lo que era más, de defenderse, como no se le ocultaba tampoco que Valencia era la presa arrojada en medio de la palestra á la codi-

la historia de España, purgándola de los errores en que incurrieron al exponerla así nacionales como extranjeros,—el sabio Dozy, á quien tanto debe en realidad bajo este punto de vista España, con más pasión y menos justificada por cierto que la de los escritores á quienes trata de corregir, destruye la personalidad de Rodrigo Díaz, para hacer de este personaje, como terminantemente lo consigna, un hombre sin fe ni ley, ni sentimiento alguno generoso y noble, guiado en todas sus acciones por la más insólita codicia. Considerándole como un aventurero ó un *condottiere*, y afectando desconocer la organización de la nobleza castellana, sobre la cual no dejaban de influir las corrientes del feudalismo de la época, al separarse de Castilla en 1081, desterrado por Alfonso VI, el Cid era una especie de bandido, que vendía al mejor postor su espada y su conciencia, sediento de rapiña; y sin embargo, en la ley y en la costumbre estaba el derecho que asistía al rico-ome, al fijo-dalgo y al infanzón, para apartarse del servicio de su señor, cuando se juzgara agraviado por éste, como el vasallo se apartaba en virtud del mismo derecho del señor que ejercía sobre él la *benefactoria*. El Cid, desterrado, convocaba su mesnada, compuesta de sus deudos, de sus siervos y servidores, de todos aquellos que eran sus vasallos y que al continuar siéndolo, privados de la protección de su señor, se veían desterrados con él de Castilla. En aquella edad de luchas, bien lo sabía el perspicuo Dozy, no tenían los nobles más ocupación por lo general que la guerra, y Rodrigo marchaba en primer lugar á Barcelona, á ofrecer sus servicios á Berenguer Ramón II, con mayor lealtad que el Conde García Ordóñez ofrecía los suyos á Abd-ul-Láh-ben-Boloquin de Granada; menospreciado por Berenguer, entraba al servicio del régulo de Zaragoza, y la conducta que seguía con Al-Moctadir, con Al-Mutamin y con Al-Mostaïn no pudo ser con efecto más leal, como lo reconoce el sabio orientalista. Pero así cual éste se esfuerza en presentar á Alfonso VI como un príncipe, también sin fe ni ley, dominado asimismo por insólita codicia, que vende á Valencia repetidas veces y engaña á Yahya, arrebatándole astutamente el reino de Toledo, así ahora, después de consignar el tratado hecho en Zaragoza entre Al-Mostaïn y Rodrigo, escribe sin recelo y con la seguridad de quien ha conseguido poseer la verdad indiscutible: «Quand Mon-

cia de aquellos régulos envilecidos quienes, sin el concurso ya de los aragoneses, ya de los catalanes ó ya de su mesnada propia, carecían de fuerza y de prestigio, y que siendo la situación de la ciudad cada vez más difícil y comprometida, se acercaba el momento en el cual con provecho y honra de la Reconquista, debían todas aquellas comarcas ser para siempre rescatadas de la servidumbre en que gemían. Inflamado de heroico patriotismo y anhelando para Castilla el honor de aquella empresa, con el generoso deseo de reconquistar para su señor la afligida ciudad y alejar de ella todo peligro próximo, mientras Rodrigo enviaba á Alfonso reiteradas protestas de lealtad, enorgulleciéndose con llamarse su vasallo, hacíale presente al propio tiempo que la guerra que sostenía con su mesnada redundaba en provecho de

dhir fut retourné à Tortose, et que Mostain et le Cid furent arrivés devant Valence, Cádiz alla á leur rencontre et les remercia de l'avoir délivré du siège. Toutefois les espérances du roi de Saragosse ne se réalisèrent pas. Il attendit vainement qu'on lui livrât Ségorbe, ainsi qu'Ibn-Cannoun le lui avait promis. Il fut trompé en outre par son allié, le Cid. *Celui-ci s'était laissé corrompre par les magnifiques présents que Cádiz lui avait faits á l'insu de Mostain*, et quand ce dernier lui rappela sa promesse, il lui répondit que, si l'on voulait s'emparer de Valence, il faudrait d'abord déclarer la guerre à Alphonse, Cádiz n'étant que le vassal de ce monarque. Il savait fort bien que le roi de Saragosse ne serait pas assez inconsidéré pour s'attirer sur le bras les armées du puissant empereur» (*Recherches*, t. II, pag. 133). Representante de una nacionalidad, el héroe castellano de Dozy, es efectivamente un *condottiere*; mas el héroe de la historia de España es en todos sus actos un caballero. Podrá haber en él la rudeza propia de la época; pero también la lealtad y el respeto de la misma: que no es Castilla, á despecho de lo que afirma Dozy, en el siglo XI ni en el XII, una sociedad sin ley, ni religión, ni amor, ni respeto, ni virtud alguna, ni en la *Leyenda de las Mocedades de Rodrigo*, ni en los poemas de Berceo, principalmente la *Vida de Santo Domingo de Silos*, ni en el anónimo de *Ferrán González*, se respira otro ambiente que el de lealtad y nobleza propios de la raza castellana y ejecutoriados en tantas y tan distintas ocasiones. Al seguir el testimonio de los escritores musulmanes para formar juicio del Cid, el sabio historiador holandés se aparta por completo de la severa imparcialidad de la historia, apasionándose y recreándose de todo cuanto sus naturales enemigos escribieron en contra del castellano, que había logrado solo y con su propio esfuerzo tener á raya príncipes como Sancho Ramírez de Aragón, Berenguer Ramón II de Barcelona, Al-Mondzir de Denia, Tortosa y Lérida, Al-Mutamin de Zaragoza y á los Beni-Razin, prescindiendo de los demás señores á quienes impuso su autoridad y su yugo. Recargar los sombríos colores de la mentida imagen del Cid, reproducida por los musulimes, no es en verdad muy propio de la serenidad y la templanza de la ciencia.

Castilla, pues no sólo debilitaba á los musulmanes, sino que servía para mantener á sus expensas un ejército formidable, y que abrigaba la esperanza lisonjera de que en breve conseguiría someter todo aquel país á la autoridad de Alfonso, pidiéndole por último dejara allí las tropas enviadas en auxilio de Yahya. Tan hábil político como esforzado capitán, no descuidaba el Cid, con sagacidad no censurable y á fin de obrar con libertad absoluta, el prometer á Al-Mostain que le ayudaría á ganar Valencia, cual también lo prometía á Al-Mondzir, logrando de esta suerte neutralizar las influencias del de Zaragoza y el de Denia, reduciéndolas á la nada (1); y obtenido el permiso de

(1) Siempre bajo su punto especial de vista, Dozy da noticia de esta hábil maniobra del Cid en los siguientes términos: «Craignant alors que Mondhir ne réussit également dans ses projets sur Valence, le Cid conseilla secrètement à Cádiz de ne livrer la ville à qui que ce fût. En même temps, il fit dire à Mostain qu'il l'aiderait à gagner Valence; il promit la même chose à Mondhir; enfin il envoya dire à Alphonse qu'il se considérait comme son vassal; que les guerres qu'il soutenait profitaient à la Castille, puisqu'elles affaiblissaient les Maures et qu'elles servaient à tenir sur pied une armée chrétienne aux frais des musulmans; il ajouta qu'il espérait d'être bientôt à même de mettre Alphonse en possession de tout le pays. Alphonse se laissa tromper par ces protestations fallacieuses et permit à Rodrigue de retenir son armée» (*Recherches*, t. II, pag. 134). Como habrán sin duda observado ya los lectores—y prescindiendo de las gratuitas afirmaciones del docto orientalista, que quedan desvanecidas con el *cui prodest*—Dozy no tiene reparo en asegurar que las engañosas protestas de Rodrigo para con Alfonso, tenían por objeto indudable el que el rey de Castilla dejase allí el cuerpo de ejército que había enviado en auxilio de *Al-Cádiz-bil-Láh*, cuando Al-Mondzir de Denia sitiaba á Valencia; el que había puesto á las órdenes del ex-rey de Toledo, mandado por Alvar Fáñez en 1085, no podía ser, porque éste lo había hecho retirar para la batalla de Zallaca en 1086 («Forcé de livrer bataille à des nuées de barbares africains, Alphonse rappela Alvar Fáñez, et quand il eut été battu dans la célèbre bataille de Zallaca, livrée le vendredi 23 Octobre 1086, il ne put plus de mêler des affaires de Valence», pag. 130 y 131); debía ser pues el que llegaba á Valencia después de Al-Mostain y Rodrigo, y del cual no dice nada el autor de las *Recherches*. ¿Qué significaba aquel ejército? Si Dozy hubiese hecho alto en esto, que no dejó de comprender y quizá de contrariar al Campeador, no habría producido y sentado afirmaciones como las presentes: para el rudo, pero leal vasallo, aún desterrado de Castilla, Yahya era inviolable, pues era vasallo de su rey; sólo con la autorización de éste podía permanecer allí, y la autorización, que debía producir el rescate de Valencia, no se la negó Alfonso, en cuyo interés hacía Rodrigo sus proposiciones. ¿Deseaba sólo el Cid estragar la tierra «porque oviese qué comer?» Puesto en la pendiente, el ilustre holandés, no tuvo más remedio que declararlo, negándose á ver la realidad y fiándose de lo asegurado por los musulmanes.

don Alfonso para que el ejército mandado por éste á Valencia permaneciese allí y á las órdenes del Campeador, una vez desligado de todo compromiso con Al-Mostaín, cuyo servicio abandonaba, partía Rodrigo en 1089 para Castilla, donde el emperador ya reconciliado con él, le agasajaba haciéndole multitud de donaciones y concediéndole en propiedad así á él como á sus descendientes cuanto lograrse conquistara en las regiones orientales de la Península (1).

Honrado con la confianza y el beneplácito de su señor, tornaba el Cid á Valencia, en ocasión en que, concertados Al-Mostaín (2) y Berenguer Ramón II de Barcelona, asediaban la plaza á tal punto, que no la dejaban respiro; establecíase el Cid primeramente en Torres-Torres, del distrito de Murviedro, y aproximándose á Valencia, no se atrevió el Conde á esperarle, levantando el cerco y retirándose con los suyos, no sin que éstos al marcharse profirieran en grandes injurias contra el castellano. Restablecida por éste la quebrantada autoridad de Yahya y sometidas á ella las fortalezas que se habían rebelado, después de haber dirigido fructuosa expedición á las tierras de Alpuente donde reinaba Abd-ul-Láh *Chanáh id Dáulah*, recibía Rodrigo orden de Alfonso, ya en 1090, para que se incorporase con su hueste á la real, á fin de socorrer al bravo García Ximénez, sitiado en Aledo por los régulos andaluces y principalmente por el rey de Marruecos Yusuf-ben-TeXufin, llamado por aquellos con el propósito de arrojar los cristianos de la citada fortaleza, desde la cual causaban grave daño á los musulimes de Murcia y de Almería. Sumiso y obediente, el Cid aprestaba su ejército y rogando al emperador le informase de la época en que debería ponerse en marcha, se dirigía á Játiva, donde llegaba el mensa-

(1) En aquella ocasión, hízole donación el rey del castillo de Dueñas, con sus habitantes, el de Gormaz, Ibia, Campos, Gaña, Briviesca y Berlanga, con todos sus alfoques y habitantes (*Gesta Roderici Didaci Campidocti*, pág. XXV).

(2) Al-Mondzir se lee por equivocación en Malo de Molina (*Rodrigo el Campeador*, pág. 61).

jero participándole que el monarca de Castilla ordenaba que le esperase en Villena, punto al cual llegaba con efecto, pero del que se trasladaba á Onteniente por no encontrar en él provisiones para sus soldados, no sin dejar en Villena y en Chinchilla gentes que pudieran darle noticia del paso de don Alfonso.

Contra lo que podía esperar, el de Castilla seguía camino muy distinto del indicado; y sin empeñar combate, á su aproximación almoravides y andaluces se retiraban sobre Lorca, dejando en libertad á Aledo; cuando el Cid tuvo conocimiento de esto, hallábase en Hellín y se mostró grandemente pesaroso de no haber concurrido á la hueste real, aunque había cumplido por su parte las prescripciones del monarca, á quien había esperado en vano. Procediendo con notoria injusticia, que no es del todo comprensible, y prestando oídos á los enemigos y envidiosos del Cid, que le acusaron de traidor, afirmando que había retardado de propósito su marcha, á fin de que el ejército castellano fuese destrozado por los musulmanes,—Alfonso no sólo invalidaba las donaciones que el año precedente le había hecho, sino que á más confiscaba todos sus bienes patrimoniales y ponía en prisión á Ximena y á sus hijos, queriendo vengar en ellos la falta que el Cid no había cometido. En balde fué que el caudillo de Vivar enviase al soberano pruebas de su inocencia, ofreciendo acreditarlo en judicial combate ó *juicio de Dios*, pues rechazando Alfonso sus proposiciones, aunque enviando al Cid su mujer y sus hijos, no prestó tampoco atención alguna á los documentos que Rodrigo hacía llegar á sus manos, justificándose en cuatro diferentes formas de la acusación ilegítima que sobre él pesaba (1).

De Molina, partía el Campeador para Elche, profundamente afectado y dolido de la infundada queja de su señor, dirigiendo-

(1) Los lectores que lo desearan pueden consultar estas justificaciones en la *Gesta Roderici*, publicada por Risco, pág. XXX á XXXIII, y en el Apéndice IV del libro del Sr. Malo de Molina, donde éste las reproduce.

se después de la Pascua de 1090 á Polop, cerca de Alicante; saqueando y devastando el territorio en forma que « desde Orihuela hasta Játiva no quedó muralla en pie », se encaminaba á Tortosa, tomando á Miravet, donde permaneció largo tiempo, molestando con frecuentes y asoladoras correrías á Al-Mondzir, señor de Lérida, Denia y Tortosa, quien para libertarse de tan peligroso enemigo, invocaba el auxilio de Berenguer Ramón II. Ardía éste en deseos de vengarse del Cid, cuya permanencia en aquellas regiones privaba al Conde de los grandes rendimientos que antes de ellas obtenía; y reuniendo un grueso ejército, avisábale en Daroca con Al-Mostaín de Zaragoza, demandándole refuerzos, como juntos el zaragozano y el barcelonés los impetraban de Alfonso VI aunque en vano. Conformándose con sus catalanes y no recibiendo sino auxilio pecunario de Al-Mostaín, poníase Berenguer sobre Calamocha con intento de sorprender á Rodrigo, cuya hueste acampaba á la sazón en un valle rodeado por altas montañas, con muy estrecha cañada por único ingreso, donde llegaba al castellano la noticia que de secreto le enviaba el de Zaragoza, avisándole de los proyectos de Berenguer, y deseoso de conservar con el Cid amistosas relaciones. Agradecía la nueva el de Vivar; y mientras así lo manifestaba á su antiguo señor, escribíale en la misma carta que no le imponía temor alguno el Conde, á quien esperaba, llenándole de injurias al propio tiempo y rogando á Al-Mostaín que hiciera conocer su misiva al de Barcelona, para que se persuadiese del poco cuidado en que su presencia y sus intentos le ponían.

Cruzábanse con esto agrías y enconadas respuestas de la una y la otra parte (1); y al postre, irritado y lleno de cólera Berenguer, juraba tomar cruda venganza del castellano, seguro

(1) Publícanse estas cartas en la *Gesta Roderici* (pág. XXXIV á XXXIX) donde pueden verlas los lectores que lo desearan, y las insertan Dozy y Malo de Molina, el primero en el tomo II ya citado de sus *Recherches* (págs. 141 á 143), y el segundo en el *Apéndice V* de su *Rodrigo el Campeador*. Son documentos notables, no para desdeñados, y que sentimos nosotros no reproducir en este sitio.

como estaba de vencerle. Aprovechando, con efecto, la oscuridad de la noche, ocupaba con sus catalanes, y antes de que las gentes del Cid pudieran sospecharlo, las alturas que circundaban dominándole el campo de Rodrigo, y al despuntar el alba caía impetuoso como un torrente sobre los castellanos, á quienes sorprendía sin darles siquiera tiempo para tomar las armas. El clamor de la lucha despertaba al Campeador; y temblando de indignación y de coraje, ponía á toda prisa en orden las batallas, daba luego sobre las primeras haces enemigas y obligábalas á retroceder y á volver las espaldas, aunque por desgracia y en lo más reñido de la pelea se hería gravemente cayendo el Cid de su caballo. Enardecidas á la vista de su jefe herido, redoblaban sus esfuerzos las tropas, sedientas de venganza y queriendo borrar el baldón de la sorpresa, hasta que al fin conseguían brillantísima y total victoria, apoderándose del campo enemigo y haciendo prisionero al arrogante Berenguer con cerca de cinco mil catalanes, entre los que figuraban el famoso Gerardo de Alamán, barón de Cervellón, Raimundo Muroñ, Bernaldo, Ricardo Guillén y otros muchos caballeros. Algún tiempo después, mientras Berenguer y Geraldo rescataban la perdida libertad mediante la entrega de ochenta mil marcos de oro de Valencia, concedíala franca y sin condición ni precio alguno á los demás cautivos que ofrecían por ella sus propios hijos y sus padres en rehenes, en tanto reunían la suma necesaria, dando así el de Vivar muestra elocuente y expresiva de la generosidad y la nobleza de su alma (1).

La grandeza de aquel acto, que llenaba de profunda gratitud á los catalanes y exaltaba la gallarda figura de Rodrigo, ganábale á éste por completo el corazón y la voluntad del Conde de Barcelona. Deseando ahora su amistad Berenguer y su alianza, tanto como antes su destrucción y su ruina, escribíale sin va-

(1) Consigna Dozy este hecho, aunque sin reparar seguramente en él, pues que no altera ni modifica sus juicios respecto del héroe castellano.

cilar con semejante objeto; y aunque hubo de resistir en un principio el Campeador las proposiciones del antiguo enemigo, daba generoso al olvido el encono pasado y cedía al fin, concertándose con el príncipe y recibiendo bajo su protección una parte de los dominios del de Barcelona, quien se convertía con esto en tributario suyo. No otra era la conducta que, obligados por las circunstancias, seguían los Beni-Betyr á quienes había dejado Al-Mondzir, muerto del disgusto que le producía el desastre de su aliado, la tutela de sus hijos y el gobierno de sus estados de Lérida, Denia y Tortosa, reconociendo por tal camino el señorío del Cid casi todos los régulos de la comarca, y declarándose tributarios del valeroso Rodrigo (1). Sitiando se hallaba á Liria, plaza que se había negado á satisfacer el tributo debido, cuando llegaba al campo del de Vivar un mensajero en 1092 con cartas de la reina de Castilla, en las cuales le rogaba esta señora, si quería reconquistar el afecto del soberano, ayudase á don Alfonso en la expedición que contra los almoravides proyectaba. Y aunque Liria estaba próxima á entregársele, juzgando Rodrigo de su deber seguir más bien la orden que el consejo de la reina, emprendía apresuradamente la marcha, y posponiendo sus personales intereses á los del emperador, de quien era vasallo, se incorporaba con la hueste real en Martos al O. de Jaén, sediento de alcanzar la consideración perdida. «Saliéndole al encuentro, Alfonso le trataba con grande cortesía; pero al llegar la noche, cuando el monarca establecía sus posadas sobre los montes, ofendíase gravemente al reparar en que

(1) Dozy hace constar en esta forma los rendimientos de que gozaba el Cid, diciendo: «Grâce à l'effroi qu'inspiraient ses armes, le Cid jouissait à cette époque d'un revenu fort considérable, car outre les sommes qui lui payaient Bérenger et les Beni-Betyr, il recevait chaque année 120,000 dinârs du prince de Valence, 10,000 du seigneur d'Albarracin, autant du seigneur d'Alpuente, 6,000 du seigneur de Murviédro, autant de celui de Ségorbe, 4,000 de celui de Xérica, et 3,000 de celui d'Almenara. Liria, qui appartenait au roi de Saragosse et qui devait payer 2,000 dinârs, n'acquittait pas alors ce tribut» (*Recherches*, t. II, páginas 147 y 148).

Rodrigo asentaba su real más adelante, en la llanura: al proceder así, dejábase guiar Rodrigo de muy honrosas causas, pues quería proteger al emperador contra cualquier ataque y recibir el primer choque del enemigo; mas en lugar de comprenderlo en tal sentido, el emperador creyó ver en la conducta del Cid una prueba más de su arrogancia.— *Ved*, dijo á sus cortesanos, *de qué manera nos afrenta Rodrigo! Al incorporarse á nosotros, afectaba hallarse fatigado por lo largo del camino y ahora nos disputa el paso y levanta sus tiendas delante de las nuestras!* » (1).

Ni una sola voz se alzaba entre todos aquellos nobles que rodeaban á don Alfonso, para justificar al Campeador de tan injusta sospecha; y como, aunque al principio obtuvieron los castellanos singulares ventajas sobre los musulmanes, eran al fin las huestes cristianas por desventura completamente derrotadas, viéndose el mismo Alfonso en grave peligro (2), hacía el monarca recaer la responsabilidad entera de tan triste suceso en el Cid y denostándole colérico, intentaba apoderarse de su persona para castigarle; mas á favor de las sombras de la noche conseguía Rodrigo hurtarse á la saña del soberano, volviendo hacia Valencia con los restos de su mesnada, mucha parte de la cual había quedado al servicio del rey de Castilla, pero que era aún suficiente para mantener su prestigio en aquellas comarcas. Solicitado por el rey de Zaragoza contra el aragonés don Sancho, que había construído á Castellar en las márgenes del Ebro y molestaba desde allí los dominios del muslime, Rodrigo abandonaba á Valencia y se dirigía al reino de Al-Mostáin prestándole su auxilio, en ocasión en que don Alfonso, aprovechando

(1) Dozy, *Op. cit.*, pág. 148. Hemos preferido copiar las palabras de este escritor, para que se haga más reparable la injusticia de sus juicios.

(2) Suscitan algunos escritores dudas respecto de esta expedición, que suponen confundida con otra de distinto resultado. Los lectores que lo desearan, pueden servirse consultar á este propósito cuanto consigna Malo de Molina en su citado libro sobre el Cid, donde se trata esta cuestión amplia y luminosamente.